

NOTA DEL LIBRO XXIX.

(VÉASE LA PAGINA 483).

Asombraría mucho al público y á los historiadores contemporáneos, que por lo general toman con mucha ligereza su partido sobre las cuestiones dudosas, si refiriese cuan perplejo me he encontrado antes de fijarme en los verdaderos proyectos de Napoleón con respecto á España. Como terminó por invadirla y darla á su hermano José, han inferido algunos que siempre se propuso lo que ejecutó definitivamente, así como hay hombres que creen de buena fé, que por que se hizo emperador pensaba ya en ello, cuando se encontraba al frente del ejército de Italia. En efecto, ¿no hemos visto á los escritores de memorias buscar los primeros indicios de sus proyectos en el colegio de Brienne? Moreau hizo traición á la Francia en 1813; esto es cierto; pero no se han contentado con hacer remontar aquellas malas disposiciones cívicas á la conspiracion de Georges, y á su indisposicion con el primer cónsul, sino que las han hecho subir á la conspiracion de Pichegrú, y valiéndose del espíritu de investigacion, hasta la escuela de Rennes, en donde estudiando el derecho, concibió sin duda

el proyecto de entregar los ejércitos franceses á los austriacos. Semejante modo de juzgar á los hombres, es altamente ridículo. Asi se cometen errores en cuanto á los individuos, y sobre la marcha del ingenio humano que es lenta y sucesiva, y que con frecuencia suelen determinar los acontecimientos, que no ha tenido por sí misma el honor de resolver.—Napoleon en 1808 destronó á los Borbones de España; ¿cuándo lo pensó? ¿por qué medios? He aquí unas preguntas históricas de la mayor dificultad, aun cuando se hayan tenido á la vista todos los documentos históricos. Yo soy el único historiador que los ha poseido, merced á las relaciones que mi posición política me habia proporcionado, y he abrigado largo tiempo grandes dudas, que solo han desaparecido á consecuencia de descubrimientos, fruto de muchas indagaciones, aplicación y buena suerte. Voy á referirlas para convencimiento del público y de los hombres que se interesan en las observaciones concienzudas.

Diré primero una palabra sobre los mismos documentos. De todos los escritores que han tratado de aquellas épocas, ni uno solo ha poseido los verdaderos documentos históricos. Todos han compuesto sus libros con otros. Esto choca con solo su simple lectura á cualquiera que conozca los hechos. El mismo señor conde de Toreno, cuya obra sobre la revolucion de España, es notable por el talento con que está escrita, y lo que todavía es mejor, por su gran tacto político, no conoció los documentos, pues los materiales para su obra están tomados de publicaciones españolas y francesas, y de muchas tradiciones vivas recogidas en su mismo país, las cuales hacen muy preciosa su narración ba-

jo varios aspectos. Entre los autores franceses, solo Mr. Armando Lefevre, ha conseguido penetrar en el archivo de los Negocios estrangeros, y leer algunos documentos exactos, ¿pero ha podido, merced á esta circunstancia, conocer la verdad? Una sola observacion bastará para contestar á esta pregunta. La correspondencia del ministerio de Negocios estrangeros consiste en algunos despachos, aunque raros, de Mr. de Champagny y en pliegos muy numerosos de Mr. de Beauharnais, embajador de Francia en Madrid. Ahora bien, Mr. de Champagny, hombre muy honrado y adicto á Napoleon, no supo una palabra de los asuntos de España, y Mr. de Beauharnais, hombre tambien muy honrado, pero de pocos alcances, fué elegido para representar el ridiculo papel de un embajador á quien se engañaba, para que engañase á la corte cerca de la cual estaba acreditado. *No digais nada á Beauharnais.... yo nada he dicho á Beauharnais*, son las palabras que se encuentran á cada instante en la correspondencia del emperador y de sus agentes en España. En fin, en los momentos de la catástrofe, Napoleon envió á Mr. de Laforet para auxiliar á Murat, juzgando que no podia servirse de Mr. de Beauharnais, y le abandonó sin oírle, lo cual fué una notable injusticia. Aun cuando se consiga ver la correspondencia del ministerio de Negocios estrangeros, no se encuentra en ella mas que un documento insignificante sobre los asuntos de España. Mas se dirá; ¿pues entonces donde están esos documentos? En la correspondencia de Napoleon con os agentes que empleó enaquellas circunstancias. Estos agentes fueron en Paris los señores Talleyrand y Duroc; en

Madrid, primero Murat, y despues el general Savary, el mariscal Bessieres, el general conde de Lobau, Mr. de Tournon, el general Grouchy, y Mr. de Monthyon, cuyas relaciones se imprimieron luego de distinto modo que habian sido escritas, y por último el almirante Decrés que entendió mucho en aquel asunto por causa de las colonias españolas. Estos fueron los verdaderos agentes del emperador, los únicos que estaban informados, aunque parcialmente, porque ninguno sabia mas que lo que le concernia, y conjeturaba lo demas, segun su talento. Hay una correspondencia de todos estos personajes con Napoleon, y de éste con aquellos, correspondencia considerable y curiosa, que existe en el Louvre, y que yo he leído, que parece deberia aclararlo todo, y que sin embargo, no me ha convencido completamente, sino despues de muchos esfuerzos, como los que se hacen sobre ciertos pasages de los historiadores de la antigüedad para llegar á descubrir tal ó cual verdad histórica. Por lo general, cuando he leído la correspondencia de Napoleon con sus agentes, la he encontrado tan clara y positiva, que no he tenido ya ninguna duda sobre los acontecimientos. Pues bien, despues de leer la relativa á España, he permanecido largo tiempo en la mas embarazosa perplejidad, y voy á decir por qué Napoleon fluctuó primero largo tiempo entre diversos proyectos, y cuando ya se fijó, no dijo á nadie lo que pensaba. Quizá se lo diria al general Savary; pero en los últimos instantes y sobre un solo punto, el viage forzado de Fernando á Bayona. El 20 de febrero vió á Murat, nada le dijo, y mandó al ministro de la Guerra le comunicase la orden de marchar sin la menor

dilacion á Bayona. Le trazó la marcha del ejército á Madrid, no añadió ni una palabra sobre la política, y aun le prohibió preguntarle. El conde Lobau y Mr. de Tournon enviados como observadores, no le merecieron la menor indicacion. Y por último, cuando se efectuó la revolucion de Aranjuez, y la España se encontraba sin rey, porque Carlos IV habia abdicado y Fernando VII no estaba aun reconocido, Napoleon envió al general Savary con una parte del secreto, la que consistia en llevar á Bayona al padre y el hijo, de grado ó por fuerza. Aun así, el mismo día salia Mr. de Tournon de Paris, con instrucciones enteramente contrarias, publicadas luego en Santa Elena, que no eran aprócrifas sino muy reales, y que contradecian todo lo que Murat y el general Savary tenian orden de hacer é hicieron efectivamente. Bien puede comprenderse cuan difícil debe ser descubrir la verdad histórica entre tantas contradicciones y tan calculado disimulo, aun teniendo documentos verdaderos, y la imposibilidad de hacer semejante descubrimiento, cuando no se poseen aquellos.

Voy á decir ahora como he podido conocer la verdad. Comparando entre sí las órdenes espeditas no solo á los agentes de confianza, sino á los que solo servian de instrumentos, comparando las órdenes políticas con las militares y aun las de hacienda, comparando las que se dieron y las que se ejecutaron con algunas revelaciones á medias hechas en el momento decisivo, en que era preciso decir lo que se queria, para que fuese cumplido, he llegado con suma paciencia á depurar la verdad, despues de algunos años de reflexiones; y digo años, porque hay un punto sobre que no me he

fijado hasta trascurridos tres años de observaciones.

Ya que he dado á conocer la dificultad, voy á decir lo que he sacado en conclusion, y de que modo.

Que Napoleon concibió desde luego la idea sistemática de destronar á los Borbones en toda Europa, es incontestable; pero aquella idea no comenzó á fijarse en su ánimo hasta 1806, despues de la traicion de la córte de Nápoles, y el destronamiento de aquella córte acordado al dia siguiente de la batalla de Austerlitz. Luego, la incapacidad y el progresivo envilecimiento de la córte de España, sus secretas traiciones que recibía aunque las conocia completamente, y en fin la famosa proclama en que el príncipe de la Paz, la vispera de la batalla de Jena, llamaba á las armas á la nacion española, fortalecieron á Napoleon en la idea de que era preciso hacer sufrir á los Borbones de España la suerte de los de Nápoles. Pero ¿en qué momento llegó á ser una cosa resuelta, esta idea en un principio vaga y general? He aqui la primera cuestion. Por que medios debió ejecutarse aquella idea, porque la córte de España no era tan atrevida como la de Nápoles para suministrar un motivo legitimo de queja, es la segunda cuestion y la mas difícil.

Se ha dicho que al siguiente dia de la proclama del príncipe de la Paz, Napoleon concibió en Berlia el proyecto de destronamiento. La correspondencia de Napoleon que revela á cada instante sus menores impresiones, acredita lo contrario. Despues de la batalla de Jena, no pensó mas que en una guerra inmensa en el Norte. La idea general

de desembarazarse de los Borbones, pudo muy bien cruzar por su mente; pero de ningun modo pensó entonces en el proyecto de egecucion. Se ha dicho que Napoleon se decidió á firmar la paz de Tilsit por Mr. de Talleyrand, que presentaba ante su vista la necesidad de concluir en el Norte para fijar la atencion en el Mediodia, es decir, en España; que trató del destronamiento de los Borbones de Madrid, con el emperador Alejandro, y que este consintió mediante algunos sacrificios en Oriente. Todo esto es falso. Napoleon se decidió á tratar, en Tilsit, porque el año 1807 fué tan feliz como el de 1812 merced á la calidad del ejército en aquella época; pero allí no se habló una palabra de España. La correspondencia secreta de Mr. de Caulaincourt es una prueba de ello; Alejandro quedó sorprendido al saber los acontecimientos de Madrid: se ha calumniado, pues, la memoria de aquel príncipe con aquel aserto. Napoleon quiso firmar la paz continental en Tilsit, porque encontraba el Niemen muy distante del Rhin, y no pensó mas que en una cosa, en obligar á la Inglaterra á la paz marítima, por la union de todo el continente contra ella.

De regreso á Paris en 1807, Napoleon solo se ocupó en la administracion del Imperio, á que no atendía ya hacia un año, y despues en sacar las consecuencias de la politica de Tilsit. En efecto, mientras que el gabinete de San Petersburgo, encargado de la mediacion, dirigia á la Inglaterra esta pregunta: ¿Quereis la paz ó la guerra, la paz con todos ó la guerra con todos? Napoleon lo disponia todo para obligar á los estados neutrales á declararse contra la Inglaterra en caso de que se deci-

diere á continuar las hostilidades. Los estados neutrales eran el Austria, la Dinamarca y Portugal. Napoleon preparó un ejército contra este último reino: pero su correspondencia y la naturaleza de sus órdenes, prueban que no pensaba con respecto á Portugal, mas que en hacer que cesase su neutralidad. Cuando en agosto y setiembre de 1807 la Inglaterra contestó á la Rusia incendiando á Copenhague, el grito de guerra fué general contra ella, y solo entonces pensó Napoleon en sacar partido de dos cosas: la prolongacion forzosa del estado de guerra, y la indignacion universal contra la gran Bretaña, indignacion que le permitia acometer empresas que no se hubiera atrevido á intentar en otro tiempo.

Hizo primero la intimacion á Portugal, que dejó ver bien pronto su secreta inteligencia con la Inglaterra, y resolvió apoderarse de él. No pudiendo poseerle directamente, concibió la idea de dividirlo con la España, mediante la cesion de la Toscana. Aquel fué el momento (octubre de 1807) en que la cuestion de Portugal, suscitó visiblemente en su ánimo la de la Peninsula. Algunas palabras que se le escaparon en sus cartas, y las primeras órdenes que dió, muestran un pensamiento naciente con motivo de los acontecimientos de Copenhague. En aquellos momentos, las indignas escenas del Escorial vinieron á parar en el insensato proyecto de formar causa criminal al príncipe de Asturias, para declararle escluido de sus derechos á la corona, y transmitirlos, no sabemos á quien, probablemente al príncipe de la Paz, con el título de regente. Entonces las necesidades de la corte de España provocaron la ambicion de Napoleon; porque cal-

culando la marcha de los correos, segun los medios de celeridad de aquella época, se ve que al recibir la noticia del proceso del Escorial, comenzó el movimiento de las tropas francesas, pues en algun instante llegó hasta mandar que caminasen en posta, orden que suspendió despues, cuando supo el perdon concedido al príncipe de Asturias.

Compelido á tomar el Portugal por el suceso de Copenhague, y la necesidad de continuar la guerra, Napoleon tuvo fija su atencion en los negocios de la Peninsula, y el proceso del Escorial hizo que se preocupase hasta el punto de querer intervenir en él con la fuerza. Un plazo fué la consecuencia del perdon concedido á Fernando, y entonces marchó á Italia, (noviembre de 1807).

Por lo que pasó en Mantua con Luciano Bonaparte, es evidente que Napoleon pensaba en el matrimonio de una de sus sobrinas con Fernando, y que no se habia fijado en el destronamiento de los Borbones. Sin embargo, en la misma Italia dió órdenes para la marcha de tropas, y órdenes que prueban que no eran simples refuerzos enviados al ejército de Portugal, (como se inclinarian á creer los que pretenden, que Napoleon no pensaba en nada antes de la revolucion de Aranjuez), sino tropas destinadas á resolver los asuntos de España, pues que en Italia organizó la division Duhesme, encargada de invadir la Cataluña.

En cuanto llegó á París en enero de 1808, se multiplicaron las órdenes, y su rápida sucesion prueba que se iba afirmando en la resolucion de concluir con los Borbones de España.

Si se quiere, habia dos ó tres maneras de resolver la cuestion: